

LLAMA INTERIOR

Juan Miguel Batalloso Navas

Hoy he vuelto otra vez a mirar hacia dentro intentando comprender de donde procede este sentimiento que me embarga, en qué lugar se encuentra esta pasión que me hace viajar por espacios insondables y cual es la causa que me lleva a veces a instalarme en estas placenteras emociones llenas de paz y de esperanza, pero también de tristeza y congoja.

Confieso que cada vez sé menos y aunque mi cabeza está llena de información, en realidad no conozco nada, no sé nada y no es ya el recurso a esa vieja máxima del "sólo sé que no sé nada" al que algunas veces recurrimos para disimular nuestra vanidad, no. Para mí es real, es un sentimiento de pequeñez, de ignorancia, de no saber qué decir ni que hacer, de no tener respuesta para nada y de estar cansado de hacerme preguntas, la mayoría de ellas circulares, superficiales y circunstanciales.

No sé, verdaderamente no sé y cada instante que voy viviendo voy descubriendo en mí una mayor capacidad de sorpresa por todo lo que me informan mis sentidos y por todas las emociones que dichas informaciones me provocan. Realmente no sé cómo expresarlo, pero juro que todo cambió hace ahora siete años cuando nací nuevamente.

Nunca he sido tan consciente de mi provisionalidad, del corto espacio de mi existencia y de cómo ésta es el producto de numerosas variables que por mucho que intento controlar se me escapan.

Resulta fácil decir que los seres humanos somos el producto de nuestro propio producto, pero eso no explica ni los mecanismos de tales procesos ni tampoco las energías que los mueven y aunque sea más difícil conocer los secretos de la bioquímica o del genoma humano, más temprano que tarde los descubriremos. Pero eso no explica tampoco nada, absolutamente nada, salvo que nos encaminemos a ese mundo feliz de Huxley en el que todo acto libertad está condenado a perecer y la felicidad estará a nuestro alcance con dosis cada vez mayores de "soma" unidas a una entrega total a nuestros líderes y salvadores.

Pero más fácil es aun afirmar que todo está en manos de poderes ultraterrenales más allá de nosotros y que basta con que nos hagamos sus siervos, o basta con que nos hagamos fieles de aquellos que patrimonializan la interpretación y la existencia de supuestas divinidades para que encontremos el sentido de nuestra existencia. Nada más contrario al desarrollo humano que creer en la existencia de verdades reveladas y nada más aberrante que afirmar que la satisfacción de todas nuestras necesidades solamente depende de la tecnología.

Ya no me valen no, ya no me sirven, ni el recurso al conocimiento científico que me asegura con certezas provisionales la composición de la materia o las causas de los fenómenos, pero tampoco esa racionalidad técnica que me indica que todo es posible si encontramos el instrumento adecuado. y esto siendo sabedor que lo que hago, así como el propio hecho de poder estar aquí escribiendo esto se lo debo a la ciencia y a la tecnología. Y sin embargo ni la ciencia ni la tecnología podrían haber hecho nada si no hubiesen estado allí tres personas que fueron las que realmente hicieron posible mi salvación: el médico que me hizo las pruebas, el que realizó el trabajo y la enfermera que lo ayudó y esto sin contar el potencial energético que

recibí de mis seres queridos, desde mis familiares directos hasta todos mis amigos y amigas que deambularon por aquella clínica porque creían realmente que me podía suceder lo peor.

No, no todo lo podemos reducir a la ciencia y a la tecnología, porque ni la ciencia ni la tecnología pueden explicar lo que siento cuando veo brillar los ojos de Marcelo, mi amigo el chatarrero, o cuando en el limonero de mi patio se posó aquel pajarillo herido al que ayudé a emprender de nuevo el vuelo. Es como si en determinadas circunstancias se activaran en mí unas sensaciones que forman parte de un núcleo incandescente que es el que mantiene el manto y la corteza de mi ser, elementos que a su vez necesitan de la atmósfera que me proporciona el contacto humano para poder dar, recibir y crear vida.

Digo bien, no sé cómo expresarlo, no soy capaz, no puedo aunque lo intento y es que cada vez voy comprendiendo y aceptando con más naturalidad, mi pequeñez y mi ignorancia y es en esta medida como puedo afirmar con convicción que conforme pasan los días, me da exactamente igual ganar o perder, tener razón o no tenerla, afirmar mi verdad o no afirmarla porque en el fondo de los fondos y como dice diría el poeta "A mis soledades voy, de mis soledades vengo" y en cualquier caso ¿A quién le importa?

No, no quiero llevar razón, ni tener la verdad, ni verdades. No tengo ya ese impulso de convencer y de mostrar a nadie que estoy en lo cierto, hasta incluso la propia palabra convencer me repugna, porque en realidad se trata de violentar, de agredir, de imponer por métodos más o menos sutiles a otro u otra lo que yo creo, pienso u opino. Es más, la certeza me importa un carajo. Y es que he sido educado como si los seres humanos fuésemos los dueños y los amos del mundo, cuando en realidad somos simplemente un nudo de una compleja e inextricable red. Es como si mis pensamientos o mis decisiones pudiesen controlar el movimiento de los planetas. ¿Puede haber algo más absurdo? ¿Y qué más da? ¿Quién soy yo realmente? Y es que afortunadamente cada vez quedan más atrás para mí esos impulsos de querer cambiarlo todo, de querer transformar la sociedad a base de pensamiento revolucionario único o de desear a toda costa llevar razón mostrando a los demás sus debilidades argumentales o su desconocimiento y es que me he dado cuenta que de ser tan crítico, tan crítico con todo lo que me rodeaba, pues me he olvidado de lo esencial: que lo observado no es independiente del observador y que siempre es mucho más fácil ver la paja en ojo ajeno que la viga en el mío como decía el "*hijo del carpintero*".

Tal vez fuera en aquellas sombras que se proyectaban en la pared de mi habitación con las que imaginaba mundos imposibles, o quizás aquellas visitas reiteradas a la iglesia de los franciscanos a la que acudía bien temprano a escuchar el coro gregoriano que acompañaba la misa diaria. O puede que también fuese ese pasear y hablar conmigo mismo, solo y solitario durante años y años o tal vez ese impulso que me llevaba a ver los cadáveres en la sala de autopsias del cementerio del pueblo en el que vivía, o la costumbre de ir muy de mañana a la taberna en la que los jornaleros del campo tomaban su primer café antes de partir a su jornada de sudor.

Y es que me trae al fresco estar equivocado o acertado, que me digan ignorante o que me diagnostiquen una locura extrema porque como me escribió Leonardo Boff en la dedicatoria de un libro que me traje de Sao Paulo "*Crear en Dios no es pensar Dios sino sentirlo en todo el ser*" y es aquí donde viene esa "*llamita*" que siempre me ha alumbrado y alimentado, unas veces como sencilla vela que alumbra solamente lo necesario para ver la habitación en la que

me encuentro, otras como minúscula lamparita que tintinea y se mueve en el aceite de una vida rutinaria y ocasionalmente como potente foco que acentúa mis capacidades de intuición y proyecta sueños que puedo materializar y convertir en realidad para seguir imaginando nuevos sueños más relevantes y necesarios.

La he visto en muchos momentos a lo largo de mi vida.

La vi por vez primera en un paseo que mi padre me dio en un tiovivo de la feria cuando tenía unos cinco o seis años y todavía recuerdo como al verlo todo pasar dando vueltas y vueltas con rapidez mientras que mi caballito de madera subía y bajaba, una maravillosa experiencia placentera de fluidez, de vuelo, de abandono me hacía creer que todo era perfecto y que la vida era una experiencia maravillosa que debería durar siempre.

En otra ocasión la llamita la experimenté cuando mis padres me llevaron a un cine que se llamaba "Gorriato" en el que proyectaban una película sobre la vida y la pasión de Jesús, apareciéndome como un latido cada vez más potente que termina por explotar en el recorrido al Calvario y que no pudo ver la crucifixión porque un ataque de escandaloso llanto obligó a mis progenitores a abandonar la sala y a irnos todos a casa.

Siendo estudiante la vi numerosas veces. Una de las experiencias más intensas fue aquella en la que después de hablar con Doña Concha, una profesora que tuve de Psicología cuando estudiaba Magisterio que me dijo que lo que me sucedía es que mi sensibilidad y mi tristeza eran el producto de una soledad muy grande y que debía romper todos mis miedos y barreras para hablar sin tapujos ni condicionamientos a los demás. Y es que en aquel entonces andaba yo muy preocupado por mi imagen pública y por mis resultados escolares, por eso tras aquella entrevista me fui de inmediato a la capilla de la Escuela y estuve allí no sé cuánto tiempo solo mirando la vela que había encendida junto al sagrario y algo se produjo dentro mí que me transformó. Fue como un aldabonazo en una vieja puerta que se rompió y me hizo entrar en una nueva casa con un amplio patio lleno de flores, fuentes y numerosas chicas y chicos que hablaban animadamente entre sí. Recuerdo igualmente que en aquellos momentos hice una petición acerca de los resultados de una evaluación que me tenían que dar ese día y con los que estaba muy preocupado y mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que había obtenido la máxima puntuación y la mejor de toda la clase.

Pasaron largos años de trabajo, actividad febril, de psicótica necesidad de hacer, hacer y hacer como si me fuese la vida en ello, creyendo ingenua e ignorantemente que la complejidad de los fenómenos sociales dependía exclusivamente de mi voluntad, o que por encima de la vida, la dignidad o el amor entre las personas valía la pena situar causas doctrinales o partidarias, cuando en realidad si no tienes amor no tienes nada. Y si bien es verdad que en aquellos años no veía más llama que la que me proporcionaba lo que creía que era el sentido de mi vida, ahora cuando intento comprender que la vida no tiene sentido sin amor me doy cuenta de que la llama sigue ahí y es la misma.

Cuando la vi más claramente y mejor me iluminó fue la noche de mi segundo nacimiento mientras hurgaban en mis atascadas coronarias que estuvieron a punto de estallar. Recuerdo que este nacimiento vino acompañado de una extraordinaria y profunda experiencia de soledad. Primero cuando entré en aquella sala, que aunque ya conocía porque un enfermero se encargó de enseñármela previamente, no pude evitar que me sintiera terriblemente solo,

tan solo que me hice consciente de que no importaban para nada los demás, sólo me importaba yo y si yo me hacía con el control de la situación esperaba que todo aquello saldría bien o al menos no sufriría y es que todavía mantenía esa soberbia de que no necesitaba nunca nada de los demás.

Pero un nerviosismo que me hacía temblar, que no era más que el miedo atroz a quedarme allí para siempre, me hizo perder toda presunción entregándome totalmente en manos de las personas que me atendían y perdiendo conscientemente el control mental de la situación. Fue entonces cuando de forma misteriosa y paradójica aparecieron varias personas en mi mente en una especie de tobogán o de túnel por el que me deslizaba sin poder detenerme. Pasaron por mi cabeza en un instante todos los acontecimientos que los seres humanos consideramos importantes en nuestras vidas, mi niñez, mis padres, mi juventud, mis sueños, mi mujer, mis hijas, mis amigos, mi trabajo y así me di cuenta que mi vida pues era sencillamente un soplo, un instante, la luz de una vela que podía apagarse en cualquier momento. Sus figuras se me representaban como retratos de color sepia grabados en las paredes de ese túnel- tobogán por el que me deslizaba sin poder evitarlo. Aunque sentía una cierta inquietud al ir viendo aquellas imágenes porque iban desapareciendo una a una y tenía conciencia de que no podía pararme, ni volver atrás, sin embargo no tenía ningún miedo, incluso aquel viaje cosa curiosa, me estaba proporcionando una sensación de serenidad conmigo mismo que nunca antes había experimentado y esto me servía para decirme que al fin y al cabo ¿Quién era yo comparado con los seis mil millones de habitantes del planeta? Fue entonces cuando me di cuenta de que soy un ser absolutamente provisional, limitado, contingente, desvalido y aquí comencé a aprender creo que la más importante lección de mi vida.

De pronto aquel deslizamiento por ese túnel fue poco a poco haciéndose más lento y suave hasta que finalmente me quedé dormido no sé cuánto tiempo, pero he decir que la última de las figuras que vi pegadas en la pared fue la de mi madre, la cual percibí con mayor claridad que las demás, una claridad que procedía de una puerta cerrada que estaba cerrada y situada al final del túnel y de la que salían unos rayos muy potentes de luz que se filtraban por su cerradura y por los intersticios.

Desde aquel día todo ha cambiado en mí y aquella luz que visualicé detrás de aquella puerta que estaba cerrada creo que es la misma que la de esa llama interior que siempre ha estado dentro de mí de alguna u otra forma y que si bien antes únicamente la veía en contadas ocasiones, ahora la veo, la noto, la siento a cada instante, siendo cada vez más consciente que es la fuente que ha alimentado toda mi vida.